

# LA SAETA

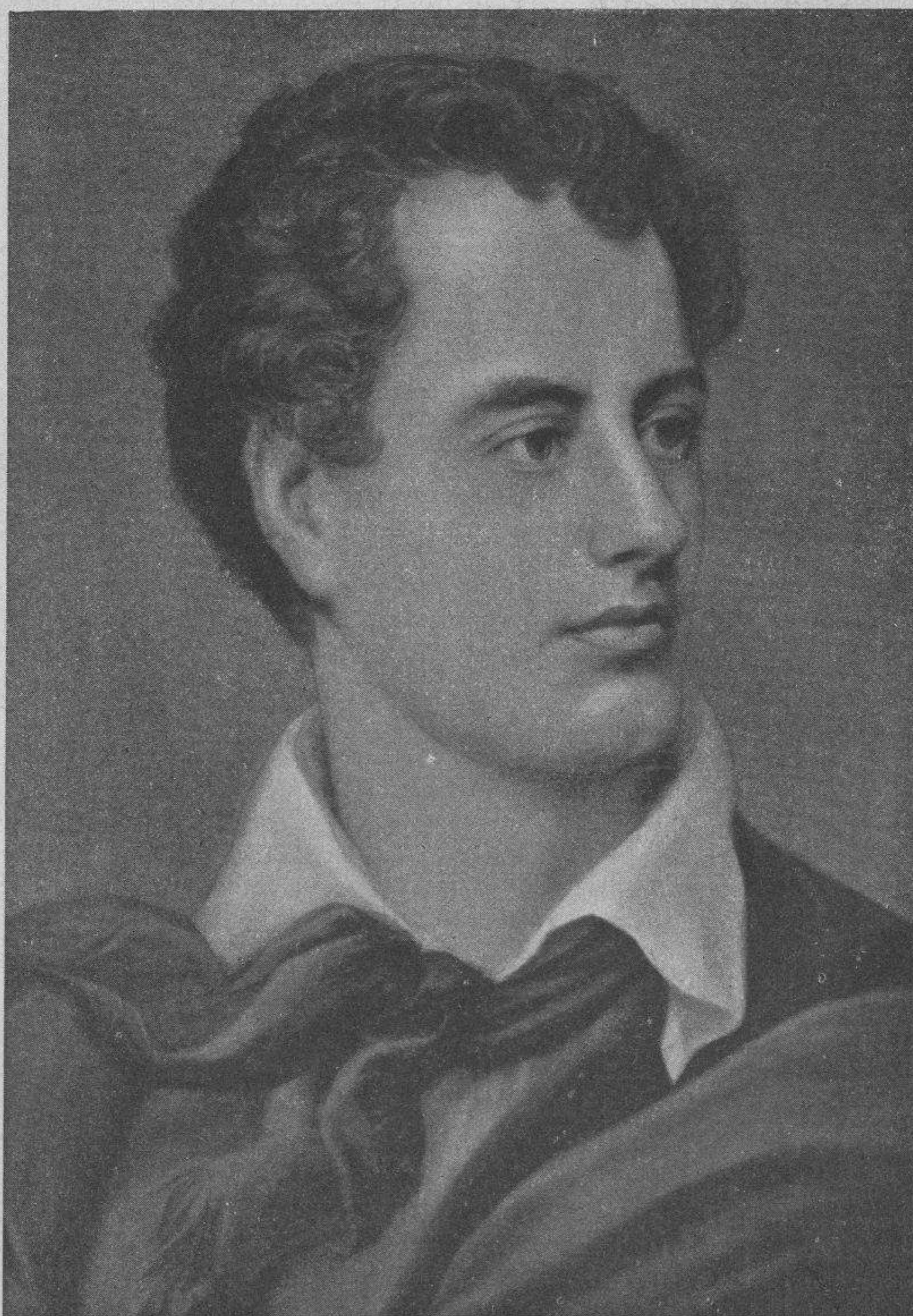
SEMANARIO ILUSTRADO

*Año VIII*

*Barcelona 7 de Octubre de 1897*

*Núm. 359*

POETAS ILUSTRES



Lord Byron





## Memorias de un profesor <sup>(1)</sup>

Ocho días han transcurrido ya desde que llegué á esta villa; ocho días llevo de instalación y de empleo, y todavía no se ha quitado la desagradable impresión que se apoderó de todo mi sér, al encontrarme en este apartado, melancólico rincón de España, á donde me ha llevado la dura ley de la lucha por la existencia, y en donde permaneceré... hasta que Dios sea servido.

Cuando me participaron (en comunicación oficial) que iba destinado á desempeñar una cátedra de latinidad en el Instituto de Malaguarda, el corazón se me puso chiquito como una avellana y el alma negra como la tinta. Los informes que acerca de la histórica y levítica ciudad me habían dado, no podían ser más desconsoladores.

«Tanto valdría ir desterrado á las Chafarinas», decíame una tarde mi condiscípulo y amigo Román Martínez, que conocía el sitio por haber pasado en él algunos días. Pero al hallarme metido en la ilustre urbe, eché de ver, al primer momento, que la realidad había de superar á todas las viejas y alarmantes presunciones que mi espíritu acariciaba.

Malaguarda es una población de diez mil habitantes escasos, fea, ruinosa, vetusta, atrozmente triste y atrozmente incómoda. Construída toda ella sobre la falda de una anchurosa colina, sus calles estrechas, tortuosas, empedradas de puntiagudos guijarros, no presentaban á la vista más que un amontonamiento ruín, sin perspectiva y sin grandeza,

(1) Fragmentos de un libro inédito que probablemente no verá jamás la luz pública en «su todo».



de edificios envejecidos y roñosos, cuyo aspecto no ofrece el menor interés al arqueólogo ni la menor seducción al artista. Es una vetustez raquítica, vulgar, desnuda de poesía, falta de color y despojada de recuerdos. Ni la vista ni la mente pueden sentirse impresionadas delante de todas esas fachadas ennegrecidas, agrietadas por el tiempo y por los elementos, que me hacen el efecto de una colección de caras de vieja, llorosas, sumidas en sempiterna desolación.

La campiña que rodea á Malaguarda, no es campiña ni es nada. Por una parte, las ondulaciones de unas colinas pedregosas, sin más vegetación que tal cual menguado arbolillo y algunos arbustos de mala muerte. La llanura que se extiende al pie de la ciudad, de una monotonía desesperante. Quizás en primavera y en verano ofrezca buen aspecto con la verde alfombra de sus huertos y de sus viñas; pero ahora...

No puede ser la visión de ese campo uniformemente grisáceo, empapado en agua y lodo (hace ocho días que llueve), más á propósito para engendrar el tedio. ¡Qué paisaje, Santo Dios, qué paisaje!... Yo que sentí siempre tal idolatría por la contemplación de la naturaleza, aparto descorazonado los ojos de esa interminable estepa sin relieves, sin más horizonte que la línea vaga, indecisa, que allá á lo lejos confunde al cielo con la tierra; sin montañas y sin mares; sin bosques y sin río alguno: únicamente una estrecha faja blanca, la carretera real, recta, tirada á cordel, parece dividir en dos partes iguales la llanura y hace resaltar todavía más su ingrata perspectiva.

Desde el primer día que pasé en esta villa, me dijo el corazón que el contenido debía de estar en perfecta armonía con el continente; que los habitantes de Malaguarda habían de reflejar en su idiosincrasia el carácter típico que presenta el envoltorio de cal y canto dentro del que se desliza su existencia.

Dos semanas llevo ya de residencia, y me voy convenciendo de que el corazón no me engañaba. ¡Desgraciadamente!

Sí; las gentes son aquí como las casas: mustias, tristes, vulgares y mezquinas. En su aspecto externo se asemejan á las fachadas de sus domicilios: los hombres, como las mujeres, los jóvenes, como los viejos, tienen el aire indiferente, aburrido, de los seres que en vez de vivir, se contentan con vegetar. Apenas si se les ve por la calle: exceptuando ciertas horas reglamentarias, Malaguarda ofrece la apariencia de una ciudad abandonada. Por la mañana, durante la hora del mercado, la plazuela y sus calles cercanas presentan cierta animación con el va y ven de las burguesas, menestralas y criadas que van y vuelven de la compra. Algunos hombres, con paso lento y el cigarrillo en la boca, gandulean de un lado á otro, ó bien se plantan en una esquina, y allí permanecen largo rato inmóviles, con la mirada vaga, silenciosos, cruzando sólo de tarde en tarde algún breve diálogo. Es la hora en que tres ó cuatro personajes, siempre los mismos, penetran en la farmacia, sita en la plaza, se sientan, leen, por riguroso turno, el *Diario de Noticias*, y comentan luego, entre dos pitillos, en frases insulsas, penosamente pronunciadas, los sucesos que acaban de leer, ó las escasas nuevas que han ocurrido durante la semana en la población.

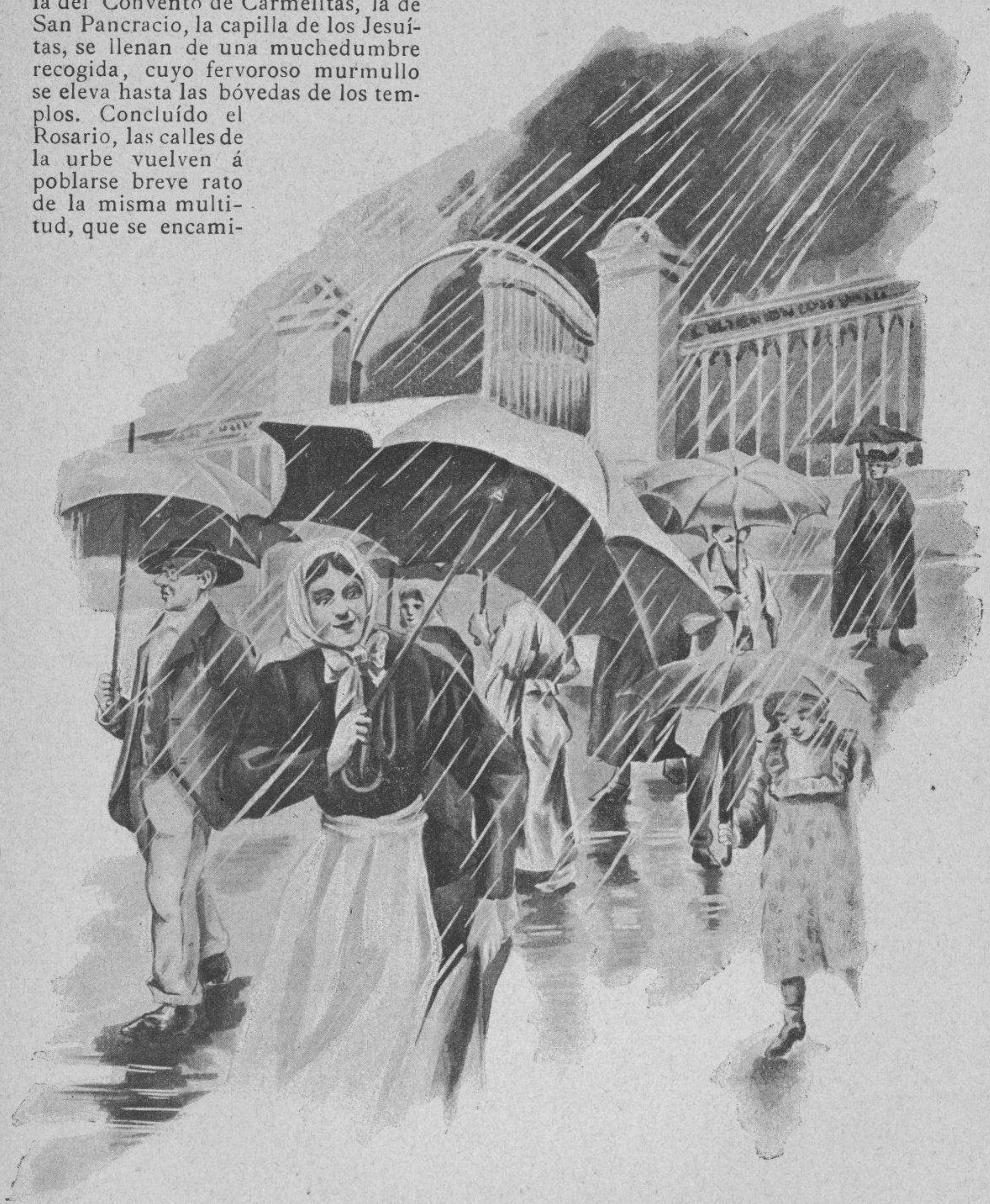
Así que dan las diez el mercado queda desierto; en pocos momentos las calles vuelven á recobrar su habitual soledad. Sólo tal cual ocioso prosigue vagando por las cuestas empedradas de guijarros. Cada dos ó tres minutos asoma por una esquina la negra silueta de un cura, deslizándose rápidamente. Malaguarda tiene un contingente exorbitante de presbíteros y de seminaristas... Los tertulianos de la botica desaparecen también; sólo se percibe, á través de los empañados cristales, el físico desmedrado, el rostro amarillento del boticario, bostezando y carraspeando sin tregua.

Durante el resto de la jornada, Malaguarda conserva su aspecto solitario.





Tan sólo al caer la noche, parece sacudir un poco su modorra. Entonces, mientras la voz de los campanarios vibra en el espacio, las puertas de las casas se abren sin ruido, y los malagueños invaden por algunos minutos la vía pública: es la hora del Rosario. La iglesia parroquial, la del Seminario, la del Convento de Carmelitas, la de San Pancracio, la capilla de los Jesuitas, se llenan de una muchedumbre recogida, cuyo fervoroso murmullo se eleva hasta las bóvedas de los templos. Concluido el Rosario, las calles de la urbe vuelven á poblarse breve rato de la misma multitud, que se encami-



na á sus guaridas. Un sordo rumor de pisadas, que se confunde con el sonoro golpear de los canalones, que vierten el copioso líquido sobre los paraguas (aquí llueve cuatro días por semana), interrumpe otra vez la solemne quietud de la villa. Una postrera campanada suena, repercute, se extingue en el aire... Luego todo queda desierto, silencioso, sumido en una especie de aniquilamiento estúpido.

JUAN BUSCÓN.



## Confiteor

—Padre mío, me confieso  
de que amo á Luís con pasión  
y de que en cierta ocasión  
dejé que me diera un beso.

—Hija mía, ¿estabas loca?

—¡Padre, estaba enamorada,  
y yo no sé qué oleada  
de fuego subió á mi bocal...

—¡Dejar darte un besol!

—Sí,

y aun fué mayor mi malicia,  
pues recibí su caricia...

—¿Y qué?

—¡Que se la volví!

—¿Volvérsela? ¡Maldición!

¡Te enloqueció Satanás!

—¡Yo intenté volverme atrás,  
mas no quiso el corazón!

—Me entristeces, hija mía:

¡infeliz de la mujer

que se olvida del deber

y del corazón se fía!

—Y el deber, cuando se quiere,

¿no es adorar con locura

á quien nos ama y nos jura

que por nosotras se muere?

—¿Quién fía de un juramento?...

—Quien de un juramento vive.

—Niña, el hombre los escribe  
muchas veces en el viento.

¡Ay, de la que sin maldad

á un hombre falso se entrega!

—Y ¿cómo iba, estando ciega,  
á buscar yo la verdad?

—Mira, hija mía, el deber  
es una copa de mieles,  
que tiene al principio hieles  
muy amargas de beber.

El mal es copa de cieno

que el nectar cubre, hija mía:

por los bordes, ambrosía,

y por el fondo, veneno.

—Pues así, Padre, así es

el amor por que me muero;

dulce, muy dulce primero,

pero ¡qué amargo después!

—¡La copa del mal apura

la humanidad, sin embargo!

—¿Quién va á pensar en lo amargo

cuando prueba la dulzura?

—¡Cruel error!

—¡Muy cruel!

¡Mas se evitaba el error

si la copa del dolor

tuviese en los bordes hiel!

J. M. ALMODÓVAR.

## Las dos coronas

### I

Como nació hija de un rey,  
subió la princesa al trono,  
porque tenía en su abono  
el mandato de la ley;  
y, entre lisonjas y honores  
y caricias del destino,  
pasó la vida: un camino  
cubierto todo de flores.

Fué dura á veces; quizás  
de su poder abusó,  
pero á lo que ella ordenó  
nadie se opuso jamás;  
y, fuera justo ó injusto,  
su capricho era la norma  
de sus acciones, de forma  
que hacía siempre su gusto.

### II

Un momento de locura  
por anhelos de placer  
dió la vida á otra mujer,  
negándole la hermosura,  
y, en vez de roncós cañones,  
de fiestas y algarabía,  
anunciaron que nacía  
dicterios y maldiciones.

Como una sobra, que acusa,  
una falta á la honradez,  
durmió por primera vez  
en el torno de la Inclusa.

Y cuando ya tuvo edad,  
por sus padres preguntó,  
y un letrado respondió:

—¿Tus padres?... ¡La caridad!...

Sobre el tedio y el bochorno,  
pide un beso... y el tal beso

no está en los labios de yeso  
que había encima del torno...

Roncós gemidos exhala,

y así repite con pena:

—¡La caridad... si que es buena!

¡Pero como madre es mala!...

### III

Y, en fin, en una ocasión  
las dos mujeres se hallaron  
no sé donde, y se enredaron  
en esta conversación:

—Dí... ¿no sabes saludar?

—La he saludado, señora...

—¿Por qué te paraste ahora?

—Para verla á usted pasar.

—¡Ah! ¿Te admira mi poder?...

—Yo no me admiro de nada...

—Eres fea, desdichada.

—Soy fea... ¡cómo ha de ser!

—¿Me envidias?—¡No quiera Dios

que incurra en tal sentimiento!

Aunque vos sois un portento,

iguales somos las dos...

—¿Te atreves?... ¡Vaya!... ¡Es cinismo!

¿Iguales las dos?—En todo:

Lodo al descubierto ó lodo

barnizado...—¿no es lo mismo?

—Mi corona...—No os abona

por mejor.—¡Que no!...—Lo sé

con seguridad... porque

¡También yo tengo corona!

En todo os salgo al encuentro,

y no penséis que es delirio...

¡La mía es la del martirio!...

No miréis... ¡Está por dentro!...

Luís DE ANSORENA.



MONUMENTO A FEDERICO SOLER



Coloçación de la primera piedra en la plaza del Teatro

Fot. de nuestro colaborador artistico A. Merletti



## La lucha sorda

Hace dos años, cuando Luque y yo vivíamos en el hotel de Holanda (que recomiendo á todo el que esté mal con su dinero), solíamos encontrar en la escalera ó en el patio á un hombre tan astroso y cariacontecido, que acabó por interesarnos.

Era un sujeto alto, delgado, pálido, con la barba de tres semanas, la camisa hebdomadaria, la corbata deshinchada, un gabán de verano en pleno invierno, el pantalón con franjas naturales hechas por el tiempo y el uso, las botas jovialísimas, y los calcetines asomados á la ventana. Cubría esta figura desdichada un sombrero *claqué*... azul.

Restos de tiempo mejor, sin duda.

¿Cómo estaba aquel hombre en un hotel donde la respiración costaba á peseta por hora, y en donde una vez que Luque estornudó se lo pusieron en la cuenta?

Nunca he sido curioso; detesto la chismografía, pero un día me atreví á preguntarle á la portera quién era aquel espectro.

Pues... ¡era una notabilidad!

Músico célebre en Viena, como lo son en nuestra patria Arrieta ó Barbieri, había venido á París con la pretensión de que le hicieran una ópera.

Aquel hombre ignoraba, sin duda, cómo es París.

Tal andaba él.

¡Venir del extranjero con un nombre hecho y una reputación legítimamente ganada! Peor que peor. El francés detesta todo lo que no es francés. Es más, lo niega. Y aquí donde el literato ó el autor dramático más joven (de los que están, como si dijéramos, *admitidos*) tiene cincuenta años; en París, donde la primera comedia de Erman Chatrián ha estado *catorce años* esperando su turno en el teatro Francés; en este almacén del mundo, donde la Théo es una *estrella*, y Fortuny, según Alberto Wolf, es un pintorcillo de poco más ó menos, las ilusiones de nuestro vecino del hotel tenían que venir á parar en sombrero azul y botas.

Parece ser que al principio habitaba en el segundo piso del hotel; que así que se le fué acabando el dinero, fué ascendiendo más de prisa que en globo, y que, por último, fué á dar con su cuerpo en la bohardilla, donde por muy poco dinero (caso que en los anales del hotel está escrito en letras de oro), le tenían como pudieran tener una maleta.

¡Pobre hombre! ¿De qué vivía?

De sus numerosas relaciones en la colonia austriaca. Todo Viena le conoce y le quiere, y no llegaba á París un compatriota rico que no le obsequiase y le ayudase con la mejor voluntad del mundo.

Así es que una vez me le encontré comiendo en el café de París, entre cuatro ó cinco extranjeros vestidos de frac y corbata blanca; otro día le hallé en un teatro, con una *baignoire*, donde había señoras elegantísimas; en las carreras de Longchamps iba en un *mail-coach* con veinte ó treinta austriacos distinguidos. Pero siempre hecho una lástima el pobre.

Me figuro lo de cartas, recomendaciones y visitas que este hombre habrá pedido, entregado, buscado y hecho en estos dos años. Los inviernos, sobre todo, han debido ser crueles, porque como la fuerza de los extranjeros viene en primavera, por ser ésta la temporada de las diversiones y del buen tiempo, mientras no había en el Grand Hotel ó en el Continental austriacos, el músico debía pasar, como dicen en Sevilla, las *moráas* y *partias*, ó lo que es lo mismo, las amarguras en la soledad, que son las peores de todas.

¡Colocar una ópera en París!

— ¡Pues ahí es nada la pretensión! — exclamaba un músico parisién, á quien yo le hablaba de mi vecino. — ¿Usted sabe que para colocar una *opereta* se necesitan años?

Y sin embargo, un hombre de talento, como éste y como tantos otros, que ven entronizada en París la literatura frívola ó deversada, la música callejera ó la pintura de relumbrón, debe decirse allá en el fondo de su cuchitril, después de un día de infructuosas visitas:

— ¡Ah, franceses, si no estuviérais admirablemente colocados en el centro de Europa y no tuviéreis la riqueza, que lo embellece todo!...

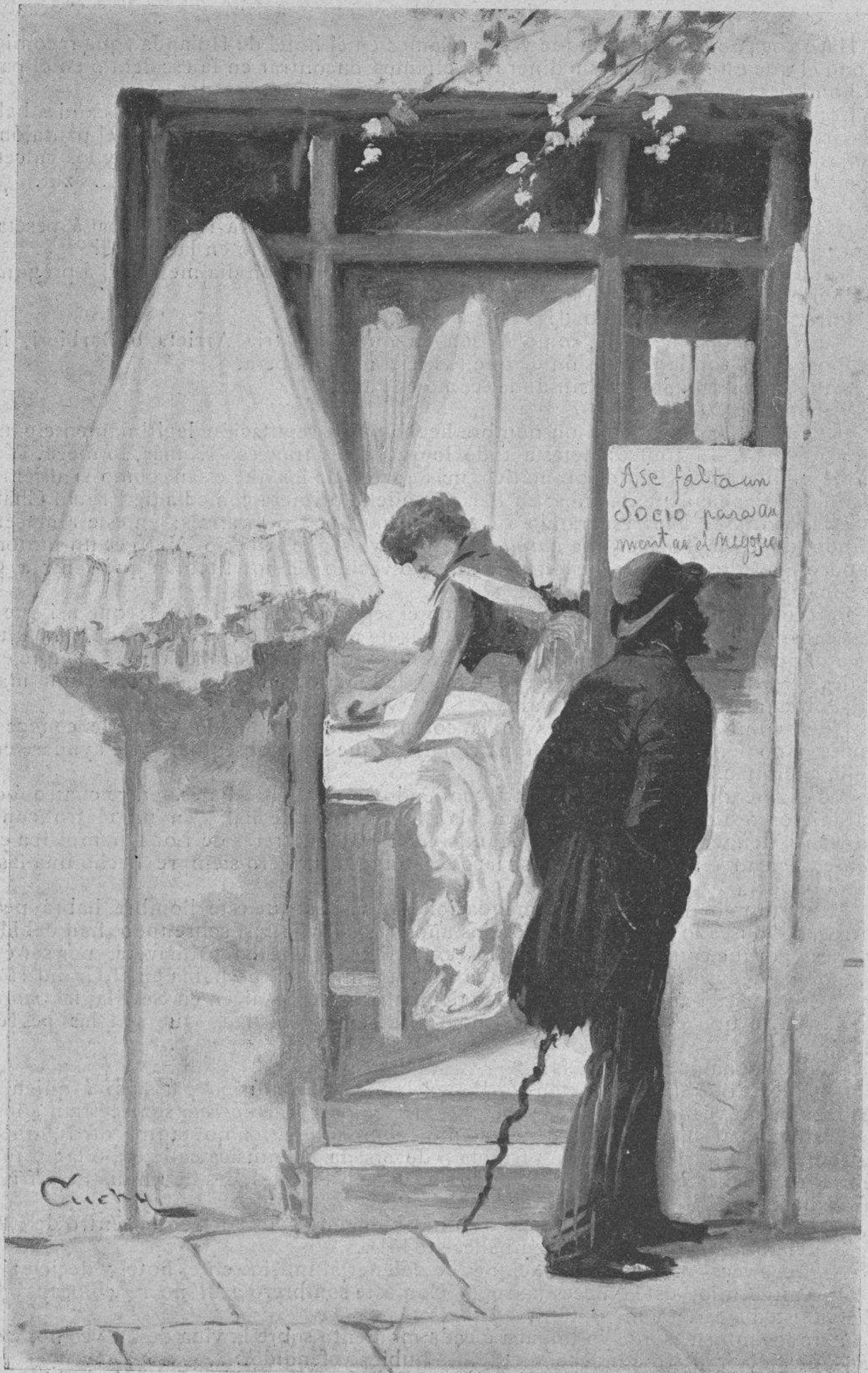
Algunas veces me daban intenciones de detener al músico en el hotel y decirle:

— Amigo mío, usted necesita ropa. Con este sombrero azul no se colocan óperas. Venga usted á casa de mi sastre...

Pero los informes que yo tomaba á cada momento sobre la vida de mi vecino, acusaban un carácter altivo é independiente. Se hubiera ofendido.

Pero yo le quería en silencio; sentía por él una simpatía grande... Me hubiera complacido en hablar con él de su situación, de las dificultades de la vida artística. Le hubiera desanimado, eso sí; porque, aunque él ya lo sabría, le hubiera recordado la frase





En busca de compañía



de Wagner: «La gran ciudad de París, la más anti-musical del mundo, no comprende más que el vaudeville».

Aquí donde el *Tannhauser* fracasó, y donde los compositores más notables se van á estrenar sus obras á Bruselas, mientras la Grande Opera gasta cien mil francos en montar un baile, mi vecino del hotel no debiera haber venido. Su porvenir me aterraba. — ¿Qué va á ser de este hombre? — le decía yo á mi compañero. — Pero á nosotros ¿qué nos importa? — exclamaba él.

Un día dejamos de verle. — Se habrá vuelto á su tierra — pensé — y habrá hecho muy bien. No vale la gloria, sombra al fin, las desazones que el hombre se toma por ella.

Un día encontré en el Boulevard al conde Sembek, el austriaco amigo mío, un gomoso de Viena.

— ¿Conoce usted al músico \*\*\*? — le pregunté.

— ¡Ya lo creo! Como que es un genio. Aquí le he vis-

to, empeñado en que le han de hacer su ópera, y muriéndose de hambre. Alguna vez le he dado...

— No me lo cuente usted. No sea usted como el heredero actual de cierto título, que una vez le prestó á un compatriota dos luises, y se lo ha contado á todo el que habla español. No me diga usted si ha protegido al maestro vienés. Yo debo suponerlo, y nobleza obliga.

— Tiene usted razón; pero, en fin, hablemos de él como amigos íntimos, ¿no es eso?

— Yo no le conozco.

— ¡Ah!

— No, señor; pero me intereso por él. Le he visto en el hotel de Holanda, donde juntamente nos despluman, y...

— Pues yo le aseguro á usted que es una notabilidad, y que haría mejor en vivir en Viena de otro modo...

Aquí comenzó el improvisado discurso que yo dirigí al Conde, y que, según él me aseguró después, había sido elocuentísimo.

Yo hablé sin pensar lo que decía y llevado del sentimiento.

— ¿Qué quiere decir vivir *de otro modo*? — exclamé. Es la segunda vez que oigo esta frase y la segunda vez que me levanta en vilo.



Leyenda de los Alpes



H. DIDIER



**Meditación**



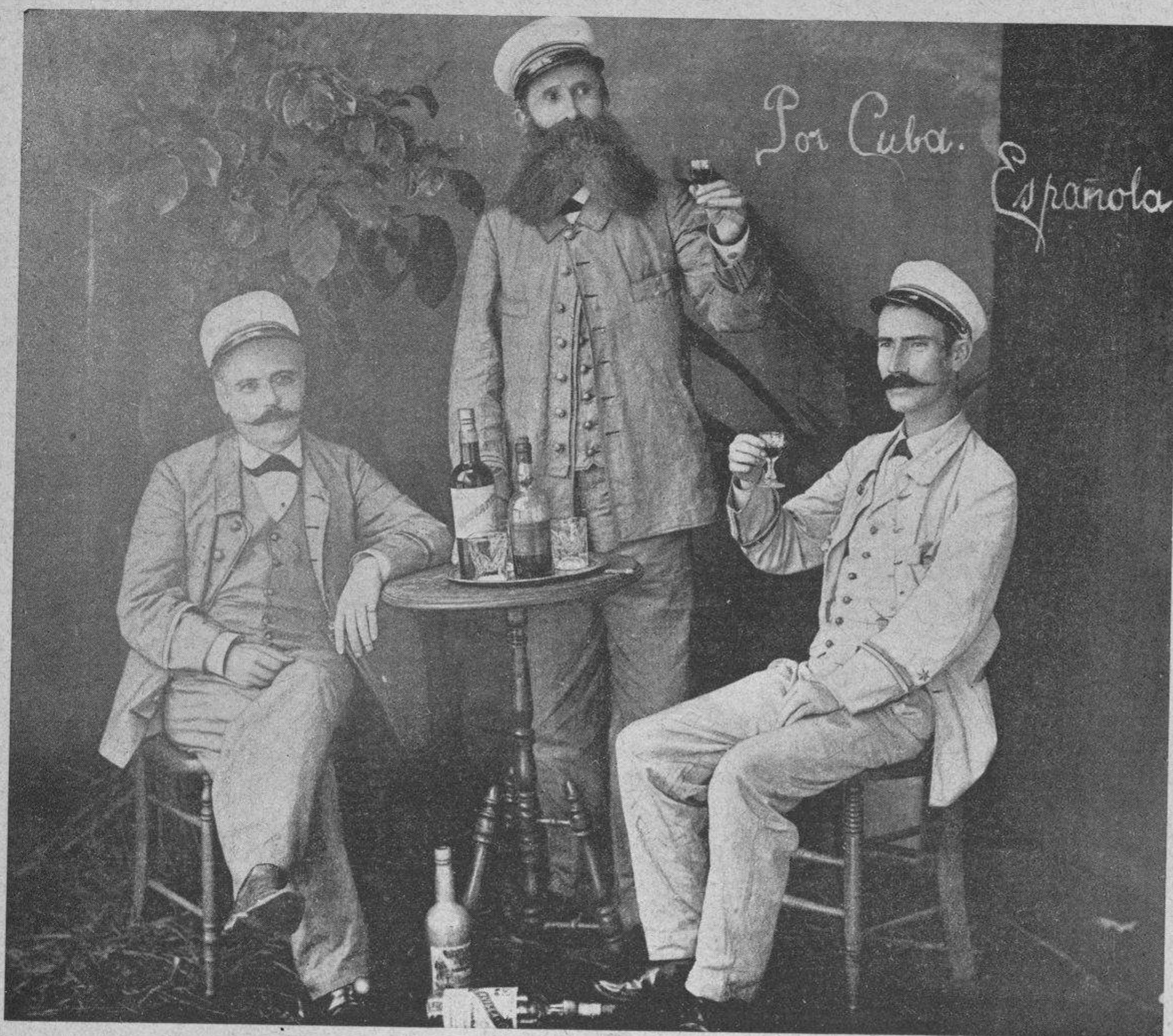
GUSTAVO SCHRÖDTER



Cogiendo flores



¡A LA SALUD DE LA PATRIA!



2.º teniente Miguel Tamayo

Capitán Angel Alday

2.º teniente Pedro Tamayo

En cierta ocasión, yo que soy quien soy, sobre todo si me comparo con la gentuza rica, sin más méritos que su dinero, tuve un apuro de trescientos francos y se los pedí á una especie de banquero español residente en París, un tipo, en fin, á quien no le da en el mundo consideración sino su dinero. Acudí á él, como digo, para que me sacara de mi atolladero, y me contestó, como usted, que estaba convencido de que no debía prestarse dinero á nadie (miren que admirable experiencia, y que nueva), y que deploraba verme apurado en París cuando pudiera vivir en Madrid de otro modo.

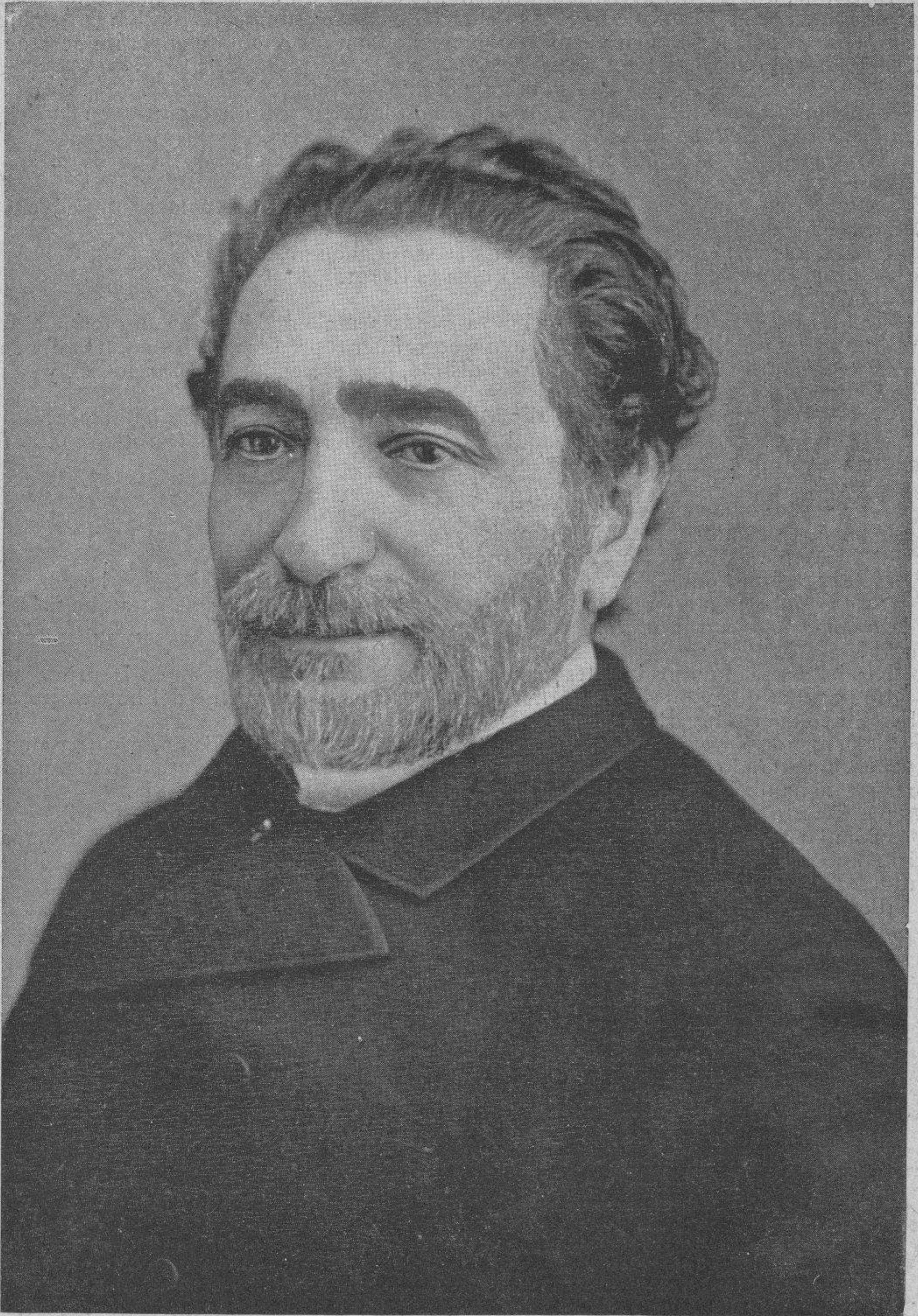
¿Qué otro modo es este que así evocan ustedes los ricos cuando un artista ó un hombre de letras les piden apoyo?

¿Acaso nuestro modo, el modo con que los que tenemos méritos propios pasamos nuestra luna de miel con la desgracia, es deshonoroso ó perjudicial para nuestro buen nombre?

He aquí un artista eminente á quien sólo de vista conozco, que soñando glorias impecederas en esta capital del mundo se muere de hambre, mientras los que venden papel ó dinero á gritos, en la Bolsa, como los verduleros venden patatas en la plazuela, pasan por caballeros, y usted, un aristócrata, á su compatriota le censura su miseria y le recrimina su noble ambición.

Declaro que al paso que el mundo va he de parar en demagogo, anarquista, incendiario, porque no hav quien me convenza de que mientras los Manzanedo, los Campo, los Rothschild ó los Camondo pueden apedrear con trufas á la multitud, se mueran de ape-





**D. PRÁXEDES MATEO SAGASTA**

Presidente del Consejo de Ministros



tito prosaico los que dejan á las generaciones venideras recuerdo imperecedero de su nombre.

El Conde, que es un excelente muchacho, reía como un bendito oyendo estas cosas, y cogiéndome por el brazo, me llevó á su cuarto de *garçon*, donde hay millares de objetos de arte que prueban su buen gusto y su derecho á no ser incluido en el número de los ricos *pendards*, que diría Molière.

—Ahí tiene usted música de su amigo y el mío — dijo.

Y me enseñó una melodía para piano, que no hubiera podido apreciar sin la llegada de una actriz, de cuyo nombre no quiero acordarme.

A los primeros acordes comprendí que no era injustificada la fama de mi pobre vecino.

— Pues este hombre — le dije á la ejecutante, — no puede colocar una ópera en París...

La actriz se echó á reír, dejó de tocar y se sentó al amor del fuego.

—No ignoran ustedes — nos dijo — quien es Corot.

—¡Ya lo creo!

—Corot, el *gran Corot*, había hecho ya cuadros tan notables, que su reputación era europea. Tenía discípulos que luego han sido primeros premios de Roma. Un día entró en su *atelier* otro pintor moderno, reputadísimo, que pretendía rivalizar con él, y solía ir al estudio á darse aires de vencedor.

—¿Qué hay de nuevo, Corot?—dijo al entrar, y dejándose caer en una butaca.

—¡Hay algo extraordinario, inaudito, inconcebible! — exclamó Corot mirando fijamente á su amigo.

—¿Qué?

—¡Hay... que he vendido un cuadro!

Y la actriz, siempre riendo, continuó:

—Cuéntenle ustedes la anécdota al músico de Viena.

No era posible contársela, porque ni yo le conocía, ni había vuelto á verle.

Y de esto hace un año. Pero tres días ha, Luque vino á buscarme para que fuéramos á la *Renaissance* á ver una opereta indecente, con una música anodina... *El Vértigo*, en fin.

Nos habían dado unos billetes de periódico, y los asientos estaban en la primera fila.

Lo primero que vimos al sentarnos fué á nuestro antiguo vecino del hotel... ¡tocando el violín en cuarto lugar!

Nos reconoció y evitó nuestra mirada. Nosotros hicimos lo mismo, pero pasamos la noche comentando esta durísima vida de París, donde un hombre eminente, para no morir de hambre, se ha ajustado á tocar el violín por seis francos al día.

¡Qué efecto debe hacerle la aplaudidísima música que se ve forzado á tocar!

¡Cómo debe reírse, hacia adentro, viendo que allí en el teatro donde él acompaña, dirigido por un maestro vulgar, Hervé es una celebridad parisiense y él es un músico de orquesta!

¡Pobre hombre!

EUSEBIO BLASCO.

---

## R i m a

A la luz de la tarde que declina  
Se ve cruzar el triste cementerio  
A una mujer, que va con ansia loca  
Sepulcro tras sepulcro recorriendo.

Pretende hallar un nombre que le indique  
Que allí moran los restos  
De aquella pobre niña, que de un ángel,  
La muerte supo hacer un esqueleto.

Se amaban con delirio; era su hija:  
Carne arrancada de su mismo seno;  
Eran muy pobres; pero, ¿qué importaba,  
Si hallaban en su amor dichas de un cielo?

Llegó á faltarle pan; rindió el trabajo  
De la temprana flor el tallo esbelto;  
Fué al hospital, murió; su pobre madre  
No vió su muerte, ni lloró en su entierro.

Buscando está la tumba en que su hija  
Duerme su último sueño.  
Busca, busca, infeliz; de tu hija el nombre  
Tal vez no cupo donde entró su cuerpo.

Acaso encuentres en inmunda fosa,  
Sepulcro de los que de hambre murieron,  
Repugnante montón de carne humana,  
Carcajada fatídica del cieno.

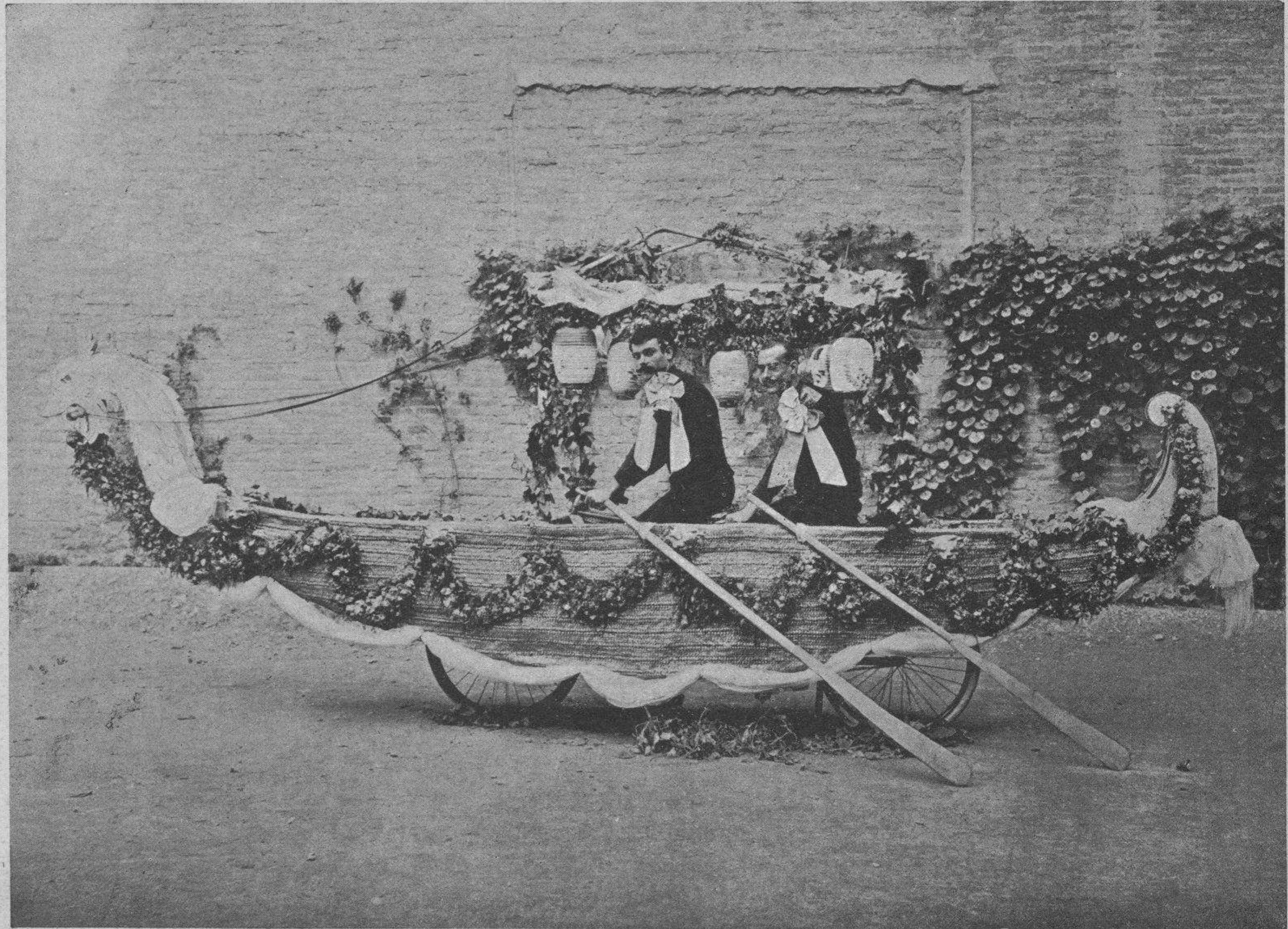
Allí duerme tu hija; allí disfrutaban  
Los miserables su descanso eterno;  
No tienen epitafio, ni lo quieren;  
Nada de distinción ni privilegios.

En lazo fraternal allí se unen  
Todos los que en la lucha sucumbieron;  
La carne de los mártires se mezcla  
En un terrible y pavoroso beso.

G. N. DE PRADO



FIESTA CICLISTA



Concurso de bicicletas adornadas. Góndola premiada

Fot. A. Merletti



## La muerte del pobre

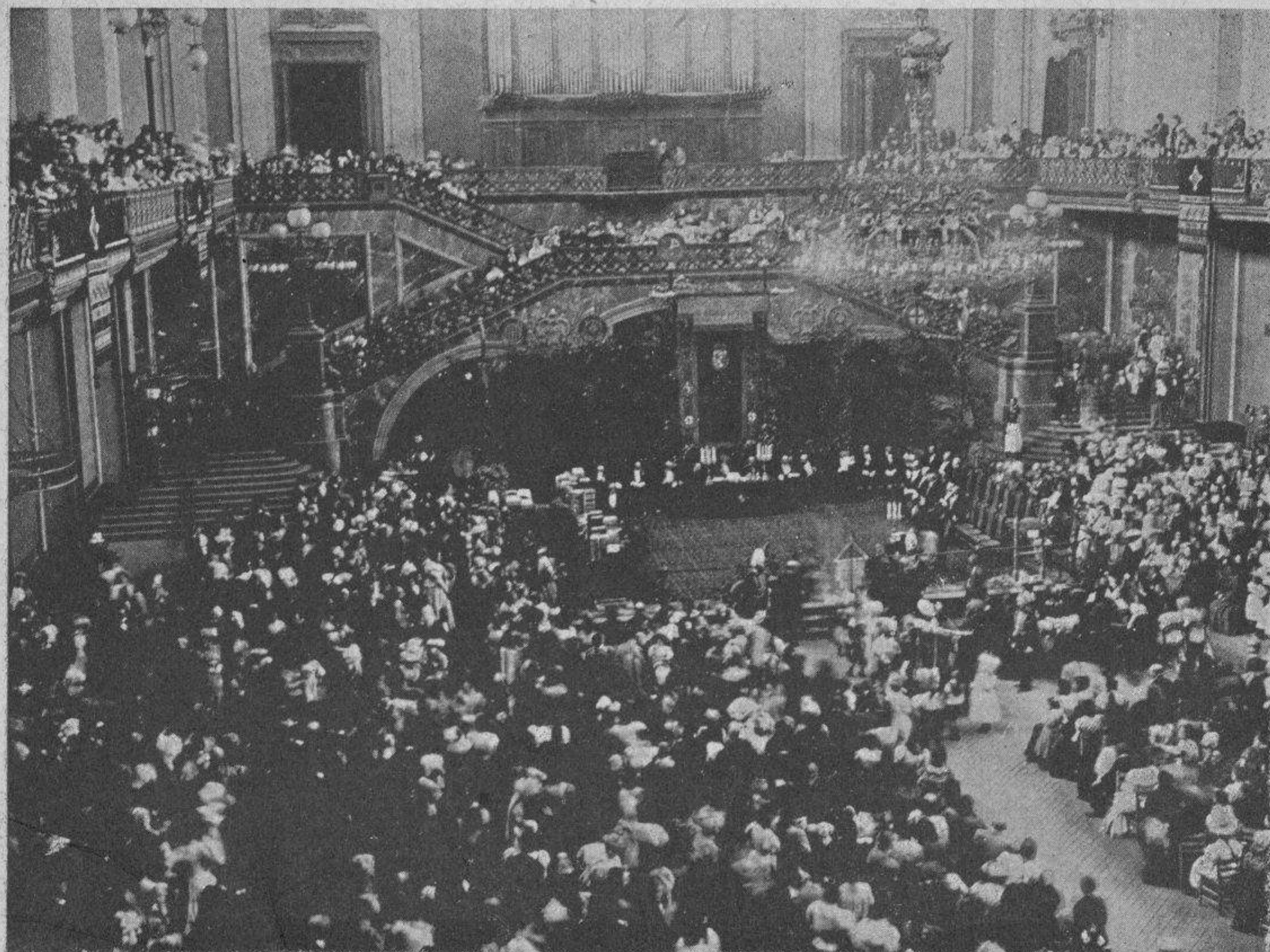
Cuando murió el Hombre pareció que se desquiciaban las esferas; viento de tempestad azotó la tierra, y el limo que el mar guarda en sus profundidades subió á la superficie para presenciar el acontecimiento.

El hombre había tenido, como todos sus semejantes, fuerza é inteligencia para luchar por la vida. Hijo de obreros, obrero él mismo, en tanto que tuvo sangre que alimentaba sus músculos potentes, pudo cumplir el trabajo á que le obligaba la miseria, trabajo que enriquecía á los demás, dándole á él, á duras penas, el vestido necesario para cubrir su cuerpo, el alimento preciso para sostener la combustión de su máquina humana. El jornal que le daban equivalía al carbón que se echa al hogar de una automóvil. Por entero lo consumía para marchar sin descanso. No había manera de guardar una reserva de combustible. Si á veces le daban mayor cantidad de carbón, era para que proporcionara mayor suma de energía, esfuerzo más violento que traía aparejado un cansancio insufrible, una de esas laxitudes que embrutecen de tal modo, que vida y muerte importan lo mismo.

Los instintos supremos de la naturaleza, que no puede suprimir la ajena voluntad ni domar la propia, hicieron que se juntara con una mujer que era bestia de carga como él y que como él recibía diariamente el jornal preciso para que la actividad de la máquina no se interrumpiera.

Aquellas dos máquinas engendraron más maquinitas en miniatura, que más tarde debían servir para enriquecer á los que proporcionaban carbón á las máquinas padres. Estas alimentaron la marcha de las que habían creado con un poco del propio combustible, y las maquinitas crecieron en movilidad y energía. Pero como nadie se cuidaba de ellas, un día se rompieron sus resortes, todavía mal templados, rompiéronse los dientes

### PALACIO DE BELLAS ARTES



Reparto de premios á los alumnos de las Escuelas Municipales

Fot. A. Merletti



CARRERAS EN EL PARQUE



Grupo del «Cyclist-Club»

*Fot. de nuestro colaborador artistico A. Merletti*



de sus ruedas y se inmovilizaron para siempre. ¿Llamar á un ingeniero para recomponerlas? Inútil trabajo. La inmovilidad era absoluta.

Y un día, la máquina gemela dió un estallido; saltó destrozada la caldera que la alimentaba y el hirviente líquido corrió por el suelo, en tanto que poleas, engranajes y transmisiones se paralizaban. Es que la caldera había trabajado á mayor presión de la que podía resistir y un aneurisma equivale á un tubo, cuyas paredes se oxidan ó desgastan.

El hombre, solo de nuevo, continuó su labor diaria é inacabable. Pero las fuerzas fueron faltando, creció el invencible cansancio, se debilitó la vista — quizá por el agua amarga que tantas veces la bañara — quedó torpe la mano y hubo que dedicarse á trabajos peor remunerados, creciendo la miseria, aumentando el hambre.

¡Horas horribles en que el hombre se daba cuenta de la inutilidad del esfuerzo físico, de la inanidad del esfuerzo moral para sacudir el yugo que pesaba sobre él con mortal pesadumbre! ¡Horas desesperadas aquellas en que el hombre comprendía que sus fuerzas disminuían y que en breve le sería preciso renunciar hasta á la lucha para dejarse arrastrar por el vendaval que barre las vidas inútiles, como la vorágine que surge de las corrientes marinas traga los restos de la nave naufragada!

El hombre tenía una habitación y unos muebles. Vendió éstos uno por uno y quedó en aquélla como dentro de un ataúd, hasta que el propietario invocó el auxilio de la ley, y la ley le arrojó á la calle, á esa calle tan hospitalaria para los vencedores, tan ingrata y cerrada para los vencidos.

¡Cuántas, cuántas noches recorrió su pavimento de piedra, más blando que los corazones de los que se albergaban detrás de las paredes de las casas, asustando con el espectáculo de su sombra miserable, con el brillo de sus ojos agrandados y avivados por la fiebre que el hambre engendra! ¡Cuántas, llegando hasta la orilla solitaria del mar tuvo la idea de anegar en su inmensidad hirviente su inutilidad! Pero el mismo impulso que le había hecho trabajar de joven, le apartaba de allí y continuaba su marcha disputando á los traperos y á los perros vagabundos las piltrafas de carne que á veces había en el suelo, residuos de la hartura, festín del hambre.

Una noche — había trabajado durante el día — satisfecho el estómago, pidió hospitalidad mediante diez céntimos, en una de esas fementidas barracas-sótanos que abundan en los suburbios de la gran ciudad. Un hombre mal encarado, el dueño de aquel lugar, le acompañó, alumbrándose con un candil de aceite, hacia un rincón de la cuadra donde había hueco para muchas personas. Para llegar hasta allí tuvieron que pasar por encima de muchos hombres y mujeres que dormían pesadamente y que no despertaban al contacto de sus pies. El hombre creyó que todos aquellos seres eran cadáveres. Aquel subterráneo parecía un pudridero. El dolor había ahondado los ojos y las mejillas de los durmientes, relajado las bocas, cuyo labio inferior pendía, marcado todos los pliegues que en la frente imprimen las penas.

El hombre no quiso, ni pudo pensar más. El huésped marchó con la luz y él se tendió en el suelo. ¿Soñó ó no soñó, antes de que le asaltara el sueño eterno?

Cuando á la mañana el huésped vió que, á pesar de ser tarde no se movía el hombre, fué hacia él y le removió con el pie. Viendo su inmovilidad le sacudió rudamente con la mano. Todo fué inútil. La máquina se había parado; el hombre estaba muerto.

A. RIERA.

---

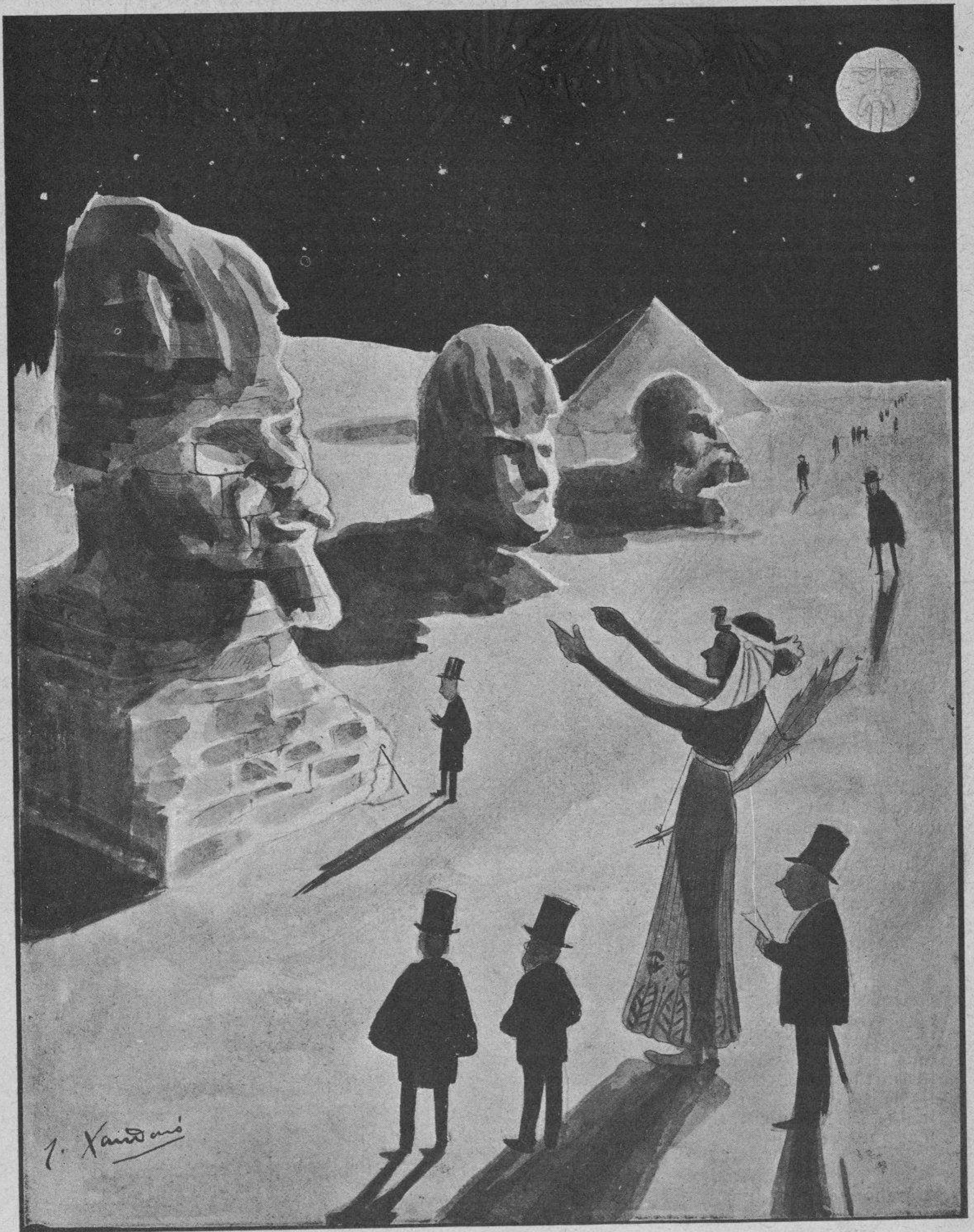
## El héroe

Vuelve del combate herido,  
Que fué el león de la guerra  
Y cayó al suelo gritando:  
«¡Por mi patria y por mi bella!»  
Le tienden para que espire  
La faz al Oriente vuelta,  
Y sirviendo de sudario  
La desgarrada bandera.  
La patria pone en sus sienes  
Del laurel, la invicta ofrenda;  
Su amada, de tiernos besos  
Los pálidos labios llena.  
Va á morir: coje una mano  
De la que ama, y, con la diestra,  
La corona de laurel  
Arranca de la cabeza;

Aparta sobre su faz  
Los pliegues de la bandera,  
Y tirando la corona  
Dice á la gente, con fuerza:  
¡Tomad, para el más valiente!  
Y queda el laurel por tierra;  
¡Tomad, para el más amante!  
Diz señalando á la bella.  
Todos sus ojos desvían;  
Y entonces los ojos cierra,  
Y fallece, murmurando:  
¡Para el que más las merezca!  
Murió el guerrero, y murió  
Su amante también de pena,  
Y enterraron el laurel  
Con el guerrero y la bella.

BACH. SANSÓN CARRASCO.





Consultando la esfinge





Ha dejado de dirigir LA SAETA, por impedirle sus ocupaciones continuar al frente del periódico, D. José Fernández Reguera.

Desde este número se encarga de la dirección D. J. F. Luján.

\*  
\*\*

Ya están ahí.

Mejor dicho: ya casi nos hemos olvidado de que están, porque las cosas pasan de prisa, muy de prisa, como en esos cinematógrafos de perro chico, que expenden por esos mundos para recreo de la infancia.

Pero, en fin, están los liberales, los mismos y auténticos liberales, aunque con su cara limpia y se supone que su morrión remozado.

¡El morrión! Es el signo de los tiempos de Sagasta; los de antes y los de ahora.

Con una diferencia: que antes era él (el morrión ó Sagasta, lo mismo da para esta época de simbolistas) quien llamaba á la opinión, y actualmente es la opinión quien trata de arrastrarle.

Lo que no resulta fácil vaticinar, es quien se saldrá con la suya.

Lo único averiguado es que Sagasta no ha perdido la costumbre de rascarse la barba.

\*  
\*\*

¡Y que no va á admirarle Woodford el ministro de los yankees, de esos yankees adorables, deliciosos, que no sabemos aún si quieren tomarnos á Cuba, ó si han querido sólo tomar el pelo á Tetuán!

¡Sagasta, sonriendo, mirando dulcemente al amigo de los amigos de España y rascándose la barba cuando el americano despliegue las energías que le encomendó Mac-Kinley!

Contra esa actitud del hombre liberal nada van á poder, de fijo, todas las astucias de la diplomacia yankee, que, según opinión autorizada de un conservador viejo, es una diplomacia de baratillo, de andar por casa y en mangas de camisa; es lo que dirá Woodford á Mac-Kinley: «Inútil insistir; los españoles se han abroquelado; contra la seriedad americana oponen el *honour* inglés. Este es un puebló extraordinario; vale más que estudie usted la tarifa de algodones.»

\*  
\*\*

Y ahora en serio, por un instante, para poner fin á esta nota de actualidad... política.

No estrañaríamos que Woodford, mirando atentamente lo que le rodea, y prescindiendo de *nuestros graciosos políticos*, comunicara al Presidente de la República esta profunda observación:

— No sé si usted ha imaginado que este es el país de D. Quijote; lo que debe usted observar es que verdaderamente Cervantes les curó del afán de meterse en libros de caballerías. No nos metamos nosotros en parodias.

—♦—

Un día un naturalista,  
pasando por una granja,  
dos musarañas cogió  
y se las llevó á su casa;  
y toda la tarde estuvo  
*pensando en las musarañas.*

## Correspondencia

*Mustio.*—Cádiz.—Se conoce que le ha trastornado á usted verla pasar muerta. Se le van las faltas ortográficas como si fueran puntos de calcetín.

*Cupido.*—Barcelona.—Mire usted, *palma* y *muerde* no son consonantes, y los versos de ocho sílabas tienen *ocho*, aunque sea contando por los dedos.

J. M. V.—Madrid.—Está bien aquello de *al calor de los besos inmortales*. Pero no le creerán á usted.

P. Luca.—Valencia.—¡*hay!* que eso no se escribe así. ¡*Ho* tiranía de la gramática! Las haches son mudas, pero duelen.

*Fiscal.*—Barcelona.—Pero ¡qué guasón! ¡mandarnos un artículo contra consumos! No lo admito, porque otro día me enviará usted en un soneto la cuenta de la lavandera.

R. F.—Gijón.—Vamos á ver.

Madre, madre, bien lo has visto,  
esas son tristes folias,  
y yo soy más ó menos como Cristo  
sacrificado todos los días.

¿Y quiere usted que hagamos nosotros de Cirineos?

T. H.—Barcelona.—Me gusta; sólo tendrá que quitarle un poco de plomo á ciertos párrafos. ¿Quiere usted?

Los López.—Sevilla.—Bueno, aprovecharé algo.

G. D.—Vigo.—¡Parece mentira que sean ustedes tan pesados, siendo la pluma tan ligera!  
Y quedan algunas cartas que contestar.

# LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia  
al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

—\* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN \*

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas

Año . . . . . 11 »

Extranjero y Ultramar, un año . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

Tipografía LA ACADÉMICA, de Serra H<sup>nos</sup> y Russell, Ronda Universidad, 6; Teléfono 861. — Barcelona